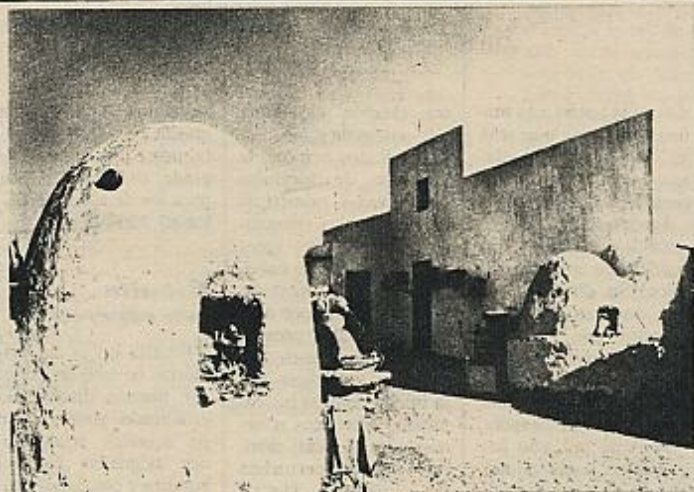


los de Miguel y Paco Nieva (además de quienes se esconden bajo las iniciales de J. M. V. y A. de E.), plantea es algo mucho más general. Así lo han entendido en Canarias, a juzgar por los comentarios que oí en muchísimos lugares, y así caerá, como pedrada, en más de una comisión de urbanismo o despacho de arquitecto.

Por su emplazamiento, por su pobreza ancestral, Lanzarote es una de esas islas olvidadas, cuya arquitectura se fraguó anonimamente al dictado de las necesidades reales. El clima, el viento, el paisaje, determinaron un estilo de bien meditada funcionalidad. La pobreza de la isla volcánica y el hecho de que fuera objetivo habitual y cómodo de la piratería impidieron el desarrollo de la menor ostentación. La arquitectura se sometió al hombre y al lugar, en evitación de saqueadores.

Así andaban las cosas cuando Lanzarote fue descubierta por el turismo. Y fue justo en ese momento cuando César Manrique inició la lucha, a la que acaba de incorporar un importante elemento de apoyo. Con sensibilidad de pintor, fotografió incontables muestras de la arquitectura popular de Lanzarote—Teguise, Los Valles, Tinajo, Tías, Mozaga, Guatiza...— y las sometió a nuestros ojos como testigos de cargo. ¿De cargo contra quién? Contra todos los organismos, especuladores y arquitectos que han destruido tantos paisajes españoles, poblándolos de hoteles y edificios «standard», ajenos a las exigencias del medio ambiente. Y, por supuesto, contra los mecanismos internos de una sociedad en la que tal calamidad es posible.

Durante algún tiempo, Lanzarote estuvo al margen de esa marea turística que devastó ar-



Tahiche.



Teguise.

quitectónicamente tantos lugares de Canarias. A lo más, era la tierra volcánica, el África isleña (sólo a 100 kilómetros de la costa africana) a la que se dedicaba una excursión. Arrecife no era arquitectónicamente gran cosa y servía como cabeza de puente de ese esporádico turismo. Pero —como sucedió con Ibiza muchos años después de ser Mallorca la única isla balearica que contaba para el turismo— Lanzarote fue interesando cada vez más, y allí se alzó César Manrique para defender el valor de la arquitectura popular frente a la amenaza de las moles proyectadas en Madrid, Berlín o Nueva York, frente a los edificios repetidos en serie, tan opuestos a esa historia y a esa cultura que han modelado

las pequeñas casas blancas de patio interior, paredes rugosas, muros sin ventanas al viento de la calle, nacidas de una larga experiencia.

Impresiona —para desorientación de los fetichistas de lo moderno— la belleza de esta vieja arquitectura, cuanto hay en ella de afirmación de una identidad. Una de las calamidades del urbanismo y la arquitectura modernos —a menos que se lleven hasta las últimas consecuencias, con el rigor y adecuación con que, por ejemplo, se ha hecho el Parque Central de Caracas, donde hierro, cemento y cristal se dejan invadir por la vegetación en un clima que permite los grandes espacios eternamente abiertos— es su «irrealidad», su carácter opresivo, tanto por su olvi-

do del entorno, como por anular, masificar, la personalidad de quienes los padecen. Hay una oscura obsesión por hacer de la casa una colonia penitenciaria, tal vez incluso una lujosa colonia penitenciaria, donde, contra lo que pudiera parecer en principio, está más el hombre en función de su hábitat que lo contrario.

De ahí el valor de este grito de César Manrique en defensa de su Lanzarote. Desgraciadamente, buena parte del paisaje y del urbanismo español se han vendido a unos cuantos platos de lentejas, a veces pagados con divisas. En la misma isla de Tenerife está el Puerto de la Cruz, que parece una grotesca sucursal de Manhattan. Con cuya afirmación no estamos defendiendo ningún arcaicismo ni la idea de que los arquitectos de hoy deban copiar o magnificar a sus anónimos predecesores artesanales, sino simplemente pidiendo que sean en nuestro tiempo, con los medios y para las necesidades de este tiempo, lo que ta-

les predecesores fueron en el suyo. (Y las preocupaciones de un Fernando Higuera al hacer ciertos irrealizados proyectos para un lugar de Lanzarote podrían ser el ejemplo.)

Manrique ha querido sobre todo presionar sobre las autoridades de Lanzarote para que en la isla no ocurra el desastre. Pero me temo que, indirectamente, ha hecho bastante más: dar el testimonio indirecto de una vergüenza. ■

JOSE MONLEON.

TEATRO

El teatro Principal de Valencia

La Sala de lo Contencioso Administrativo de la Audiencia Territorial de Valencia ha declarado invalidado el acuerdo de la Diputación Provincial que el 28 de junio del pasado año otorgó la adjudicación definitiva del teatro Principal a Espectáculos Asociados, S. A. El recurso había sido presentado en su día por la Sociedad Valenciana de Amigos del Teatro, S. A., entidad que no fue admitida al concurso sujeta por defecto formal. Si esta sentencia se hace firme, habría de volverse a realizar la subasta entre las dos sociedades, ya que la mencionada Sala también ha fallado en contra de otro acuerdo de la Diputación por el que rechazó inicialmente la proposición presentada por la mencionada Sociedad de los Amigos al concurso de adjudicación del teatro Principal.

El hecho no ha dejado de trascender los círculos culturales va-



San Bartolomé.

lencianos, ya que se invalida la actuación de una corporación provincial en un asunto tan delicado como es el de qué personas, qué grupos sociales y culturales deben orientar el ambiente cultural de una ciudad.

La Sociedad Valenciana de Amigos del Teatro había sido constituida con casi dos centenares de accionistas, entre los que encontramos personas y entidades representativas de medios muy distintos: Antonio Buero Vallejo, autor dramático de la Real Academia Española; José Monleón, crítico de TRIUNFO; grupo de teatro, como TEL, de Madrid; La Cuadra y Esperpento, de Sevilla; El Rogle, Pequeño Teatro de Valencia y Tábano, de Madrid...; Manuel Vela Pastor, decano de Económicas de Valencia; Manuel Cobo del Rosal, decano de Derecho; Manuel Broseta Pont, catedrático de Derecho Mercantil, y una larga lista de profesores, abogados, periodistas, industriales, etcétera. La posibilidad de que un instrumento cultural tan importante en Valencia, como es el teatro Principal (el único que reúne condiciones adecuadas y es frecuentado mayoritariamente), pudiese descansar en una empresa similar, asesorada en la programación por Studio, S. A., actual regenta de la sala Studio y del Valencia Cinema, levantó muchas suspicacias en la corporación provincial ocupada en poner trabas que con posterioridad la propia ley se ha encargado de levantar.

La actual empresa arrendataria ya ha regentado este teatro durante nueve años, lo que de hecho no dice mucho en su favor. La programación realizada tiene como objetivo hacer del teatro un centro de prestancia social más que de exigencia cultural. Por ello, la programación teatral de interés hay que buscarla en teatros como el Valencia Cinema o el Micalet, que por sus locales de condiciones limitadas, reducen la posibilidad de afluencia de los

distintos grupos sociales no universitarios. El panorama teatral valenciano se ha ampliado últimamente con la creación a dedo del teatro nacional de la Princesa. Su originaria condición le ha restado posibilidades de integrarse en la cultura y teatro que aquí se hace. ■ JAIME MILLAS.

DISCOS

Aguaviva: Poetas andaluces de ahora

Cuando Rafael Alberti se preguntó, en 1950, acerca de los «poetas andaluces de ahora» («¿es que Andalucía se ha quedado sin poetas?»), seguramente no sospecharía que veintitantos años después iba a existir un conjunto músico-vocal que intentaría ayudar a la solución de ese enigma. Ese conjunto existe, y se llama Aguaviva. Hace ya años, el verso mencionado del poeta del exilio sirvió para crear una canción que, ciertamente, causó alguna conmoción. Ahora, retomando aquella temática, Aguaviva pretende profundizar y extraer a las voces escondidas del Sur de su reducto semisubterráneo.

El disco de Aguaviva (1) nos remite, pues, a la realidad de una poesía nueva y actual andaluza. Hay una generación de escritores en aquella tierra, cómo no, por más que visiones oficiales y edulcoradas pretendan hacernos creer lo contrario. Nombres como los de Heredia Moya, López Luna, Juan de Loxa y todo el grupo «Manifiesto del Sur» y otros, señalan que el pensamiento, la sensibilidad, la labor creadora e intelectual no pueden ser posterga-

(1) Aguaviva, Poetas andaluces de ahora. Ariola. 360 pesetas.

das de la noche a la mañana, por más que sean ya largas —casi eternas— las horas de oscuridad y tenebrismo.

Aguaviva cumple, rescatando estas voces, una función de utilidad pública. Su disco es por ello merecedor de la atención que todo trabajo cultural requiere. Las reservas que se puedan ofrecer a su labor vienen mucho después.

Pero no por ello hay que silenciarlas tampoco. El grupo, dirigido —con entusiástica persistencia— por José Antonio Muñoz, es uno de

tra canción castellana por salirse de unos moldes trillados o fofos, la inclusión de fórmulas repetitivas y miméticas de sus propias conquistas hacen muchas veces el pensar que ese camino ha sido ya recorrido. A nivel sonoro, por otra parte, Aguaviva proyecta la fusión de melodías sencillas y lineales con la integración de instrumentos eléctricos u orquestales que casi siempre rompen o perturban la consistencia final. Con todo esto, fácil es adivinar que el resultado último de sus ex-

humano y libre. Por más que la obra no esté totalmente asumida y lograda, sus fines son un poco los de todos. ■ ALVARO FEITO.

Ribalta con esperanza

Ribalta no es un primerizo en esto de elaborar buenos discos. Ha procurado poner orden en aquellas producciones asignadas con su nombre y consiguió hasta ahora resultados tales que movieron a los aficionados —yo me considero entre ellos— a guardar como oro en paño «Tot l'enyor de demà» y «Cançons anònimes». Varios son los factores que influyen esa postura colectiva: la riqueza plástica de las fundas —hemos de recordar el magnífico collage guinovartiano para «Tot...», el ya clásico gemido del contrabajo, una voz estupenda y extraña a las grandilocuencias, la madurez de su música. Habrá más cosas, pero éstas antojánsenme como las más significativas. Son los detalles de un todo que evita a su manera y de forma parcial —dada la enormidad de las presiones ambientales— los oscuros sistemas establecidos. Sí, esos que fabrican números y más números de bolsinas para hipermediocres trozos de polivinilo agujereado y surcos en espiral.

Este ambiente se da con intensidad casi total hasta los segundos meses del año pasado. Pero los acontecimientos y extranjereros que todos conocemos permiten y empujan una nueva programación que condiciona decisivamente los hábitos. Es entonces cuando a nivel mayoritario el disco-documento se descubre como el objeto de la comunicación de masas que mayores posibilidades de humanización admite. Ejemplos válidos los encontramos tímidamente repartidos por el mercado español, pero su presencia se distingue claramente del resto y sólo cito algunos: María del Mar Bonet cuenta en su disco de limpio sabor mediterrá-

neo con la ayuda coloreada de Miró y la prosa concisa de Espriu. Dos personas dedicadas a la historia: J. A. Labordeta y Tuñón de Lara unen esfuerzos en el disco del primero, ese que significa la incorporación de un trozo del alma aragonesa al movimiento de la nueva canción. Paco Almazán, el flamencólogo y teorizador de la canción popular, prologa el delicioso «Venham mais cinco», de José Alfonso. Todos ellos con el ánimo de reconstruir la imagen de la música como pertenencia de la gente. Y es esa misma gente la que ha exigido, vacilante, productos cualificados en todas sus facetas, sobre todo las que tienden a sublimar la sensibilidad receptora de las personas. Después el entramado de los empresarios discográficos, ha visto las excelencias del nuevo campo y se han lanzado a una carrera competitiva, en una línea y con unos presupuestos que sólo se daban anteriormente en los catálogos de Concentric, Barlovento, Edigsa y las producciones de Caballero-Bonald para Ariola. Los jefazos del record «bussines» se disputan los favores de los cantores progres, ¡quién lo diría! En el clímax de esa corriente es cuando Xavier Ribalta publica su tercer disco español (1).

La estimable tarea de musicar unos poemas con los términos tan contundentemente fijados —para nuestra suerte—, como los que de Espriu, Horta, Salvat-Papasseit, Oriol y Colomines se incluyen en esa carpeta, supóngola justificada por una muy íntima paralelización entre el mensaje de dichos textos y el propio de Ribalta. Después de haberlos leído en una rápida visión de su traducción castellana, queda uno, sin mayores explicaciones, con la piel erizada. Quizá sea debido esto a lo desacomodados que tenemos los oídos a palabras tan reales y efectivas. Esas como las que dan forma

(1) Onze cançons amb esperança. Xavier Ribalta. RCA.



los más discutidos del entorno, por el tipo de adaptaciones musicales que realizan. Efectivamente, los toques de gigantismo sinfónico (en la medida de lo que cabe) que a veces han empañado sus discos no parecían ser el mejor caldo de cultivo para transmitir las palabras generalmente dolientes o frustradas de los poetas preocupados y graves.

El conjunto no acaba en la actualidad de desprenderse totalmente de esta ganga pesada e incoherente. En este su último trabajo, tampoco. Al lado de momentos felices, de hallazgos inspirados, hay una propensión por los discutibles caminos citados de la especulación metafísica y la trascendencia rimbombante. Si (vocalmente) Aguaviva ha sido uno de los más decisivos intentos de nues-

perencias esté teñido por la sombra de la hibridez y de las medias tintas, cuando las intenciones permitan augurar otra cosa.

Con todo y con eso, esta agrupación —cambiante y dialéctica en su propio devenir personal— tiene su puesto asegurado en la antología de canción castellana realizada con dignidad y respeto en estos últimos tiempos. Por sus bocas —las físicas y las simbólicas de sus instrumentos— han desfilado Gabriel Celaya, León Felipe, el ya mencionado Alberti e incluso poetas lejanos, pero no por ello alejados, como Nazim Hikmet. Ha habido homenajes a hombres universales, como Pablo Picasso. Ahora, el acercamiento a los hombres del futuro andaluz no es sino un acercamiento a un mundo propio más justo,